

Reseña

Ana Teresa Torres (2009):
*La herencia de la tribu. Del mito de la independencia
a la Revolución Bolivariana*
Caracas. Editorial Alfa, Biblioteca Ana Teresa Torres, Ensayo, N° 5
287 pp.

Por Alejandro Molina
(Universidad Central de Venezuela)

El libro de la afamada escritora Ana Teresa Torres es un interesante y valioso ensayo divulgativo sobre cómo se ha ido tejiendo la vida de Bolívar hacia una falsa ideología, denominada por Germán Carrera Damas el “Culto Bolivariano”, que tiene como propósito final afirmar y afianzar el control de las masas a través del ejercicio político por las élites que poseen en sus manos el poder político en Venezuela. En este sentido, el recorrido histórico que realiza la autora sobre el desarrollo y la evolución del culto bolivariano se apoya en una rica y variada bibliografía que puede servir de norte y guía a todo aquel lector neófito en la materia. También la autora hace una importante comparación de los mecanismos de dominio mediante la construcción de la falsa conciencia edificada sobre la vida del Libertador que se ha hecho por diferentes regímenes de gobierno en la historia republicana de Venezuela y su similitud con lo que desarrolla el régimen chavista en este sentido de falsa conciencia. Sin embargo, la autora menciona que el culto a Bolívar no se origina en la voluntad de poder de las élites políticas, sino de “la memoria histórica y la necesidad de los pueblos (...) dentro de un conjunto de diferentes referentes culturales.” Para la autora, los referentes culturales para la construcción del mito bolivariano fueron: a) La coexistencia de tres culturas diferentes entre sí, con el claro predominio de la española sobre las otras dos. (Las otras dos son la indígena y la negra). b) La fuerza de la destrucción humana y material de la guerra. c) La decepción y la pérdida que siguieron a la destrucción. d) La dislocación ideológica que supuso el derrumbe de orden monárquico, y por consecuencia, el orden teológico cristiano. f) La ausencia de

un imaginario común, a partir del derrumbe del orden teológico cristiano, y al mismo tiempo, la historia sagrada como referente para la explicación del mundo. g) El estado de orfandad simbólica y real en que se vio sumida la sociedad, y la necesidad de un padre providencial.

La construcción del mito de la patria venezolana se inicia de la siguiente forma. La construcción de la república era la principal meta de los libertadores de la primera república, pero con el paso del tiempo se transformó la independencia guerrerista en la principal meta de los libertadores de la 2ª república. Sin embargo, y a pesar de que en la actualidad el mito del futuro glorioso y de desarrollo en Venezuela se fundamenta en una praxis bélica, el resultado de la guerra de emancipación fue simplemente desastroso, tanto desde el punto de vista económico como del demográfico. La guerra termina desatando un conflicto de identidad y de legitimidad política entre los venezolanos. A pesar de esto, en Venezuela se da una literatura heroica venezolana durante todo el siglo XIX que termina generando una elevación religiosa de los héroes. Desde este momento, y pudiésemos decir hasta el presente, se ha escrito la historia venezolana como un inicio en cero a partir de la guerra, cuestión que se extendió y continúa hoy día en la praxis política, con el mote de revolución. Ahora bien, la encrucijada melancólica donde se ha encerrado a los venezolanos gracias a esta deificación de la independencia venezolana y su no conclusión tiene como premisas fundamentales: a) El objeto perdido no ha quedado atrás y el futuro está indisolublemente ligado al pasado. b) Cualquier camino creativo distinto al objeto perdido será insuficiente para sustituirlo.

La república, que funge ahora como heroica, termina siendo la república de los caudillos y así, históricamente, será la república de los militares. En este sentido, la autora realiza una reseña histórica de estos sucesos fundamentada en la cita de varios autores. Ahora bien, muchos de los textos de Bolívar legitiman, según Ana Teresa Torres, al caudillismo militarista, lo cual será un excelente argumento para legitimar en cualquier situación histórica de Venezuela el ejercicio del poder político por parte de los militares. El caudillismo militarista se configura como la única forma de ascenso económico y social de las clases bajas venezolanas del siglo XIX. De allí su importancia y su arraigo en la cultura política decimonónica de Venezuela. En este sentido, la construcción heroica de la república toma dos caminos: el partido militar como guardián y garante de la legalidad y la moralidad, y la veneración de los héroes como culto a la muerte. El

imaginario tribal¹ monumental requiere de la representación de la fábula heroica mitificada y el mejor camino es la representación gráfica de formas masculinas musculosas (estética totalitaria). Las imágenes de los billetes también son una forma importante de tener a los héroes presentes en la cotidianidad del venezolano. En conclusión, Venezuela termina siendo una fábrica de héroes.

Ahora bien, el mito bolivariano se ha arraigado con una fuerza enorme en la cultura del venezolano, tal vez como en ningún sitio de Latinoamérica. Según la autora, hay varias formas de interpretar y encarar seriamente este culto. En primer lugar tenemos el culto ilustrado el cual es sustentado por el discurso oficial. La “eterna validez del pensamiento de Bolívar” es aprovechada por los distintos actores políticos sin importar fecha ni lugar. Luego tenemos:

a) El Mito Marxista (Carrera Damas)

- Aunque no entendemos dónde está el marxismo en este punto, podríamos suponer que es la metodología cómo Carrera Damas elabora su teoría sobre el culto bolivariano. La autora menciona el libro de Carrera “El Culto a Bolívar”.

b) El Mito Cristiano (Pino Iturrieta). Entre las características de este culto tenemos:

- La naturaleza semidivina de Bolívar permite edificar una segunda religión para los venezolanos: La religión cívica o de la patria.

- El parricidio: la culpa perenne de los venezolanos y la asociación cristológica de Bolívar. La función de iglesia patria que tiene el Panteón Nacional.

- La entronización divina de Bolívar queda oficialmente expresada en la fundación de la Sociedad Bolivariana de Venezuela por López Contreras.

- La autora sostiene que el culto bolivariano se implantó tanto en las clases bajas como en las altas a la vez, sin dar ninguna prueba de ello.

- La paternidad infalible (Castro Leiva): la condición de padre semidivino de Bolívar, pero que trae el riesgo del voluntarismo político y de la sumisión de las masas a las dictaduras y autocracias.

¹ La autora se refiere a la tribu porque la creación del mito de la independencia es muy similar a los mitos primitivos de las primeras civilizaciones humanas que está narrado con mucho detalle en la obra “Tótem y Tabú” de Sigmund Freud.

c) El Mito Pagano (Salas de Lecuna). Esta forma del mito posee una característica principal: no es parte del mito ilustrado. Es la creación de la población que no tiene nada que ver con las élites del poder político.

- Los estudios antropológicos sobre la tradición oral de Bolívar revelan la fuerza que el mito posee sobre la población venezolana.

- Michelle Ascencio: la religiosidad del venezolano es heterodoxa, individual y maleable, puede cambiar de acuerdo a su circunstancia.

- Bolívar como delirio laico y delirio místico que lleva a la redención política con visos milenaristas. En este sentido, la profesora Torres intenta probar que el mito se da paralelamente entre el pueblo llano y las clases dominantes.

- La falsedad de que Bolívar muere pobre y lo útil de esto al mito.

- Bolívar y el militarismo, en sentido espiritista. El Libertador es un ánima milagrosa y por esto la gente le encomienda cosas.

d) El Mito Filosófico (Castro Leiva)

- La filosofía de la historia política venezolana es la acción y el pensamiento de Bolívar. bolívar, patria y Venezuela significan lo mismo, son intercambiables y por ende son propensos a servir a cualquier ideología política.

- De esta forma, los límites entre el culto oral y el ilustrado tienden a borrarse. El legado de Bolívar y su poder mágico-religioso se vuelven imperecederos.

- El fracaso de Bolívar se nos impone como meta para terminarlo exitosamente, es decir, que la emancipación sea completa: la Gran Colombia y el establecimiento de gobiernos estables y prósperos. Por tanto, el Libertador es un héroe inconcluso, un héroe trágico.

e) El Mito Psicoanalítico

- La figura del padre y héroe es de carácter totémico, es el principio y origen de la tribu. Bolívar es padre por ser fundador de la patria y es hijo de esa patria también. Paralelamente es un padre traicionado.

f) El Mito Socialista

- El bolivarianismo y el socialismo tienen relaciones contradictorias.

- La autora hace una alusión amplia al intento actual de etiquetarle a Bolívar el mote de socialista.

g) El mito visto por un outsider (J. Lombardi)

- El Prof. John Lombardi opina, y con mucha razón, que el mito dice mucho más de los que lo crean que del mismo Bolívar.
- El carisma de Bolívar y su relación con la creación del mito.
- El mito despoja a Bolívar de sus atributos humanos para convertirlo en un objeto perfecto, es decir, Bolívar termina siendo “cosificado”.

Veamos ahora cómo se ha construido la patria mítica. Un importante autor como Mircea Eliade considera improbable que haya alguna sociedad que pueda prescindir del mito. Y para los venezolanos no podía ser diferente. El gran mito de la génesis de la patria venezolana es la Independencia. Según la profesora Torres, las tres grandes culturas de la colonia (blancos, indígenas y negros) no se unifican por lo que no es posible un mito reunificador antes de la independencia. Es por esto que el gran mito de la Independencia reunifica a los venezolanos y anula toda la historia anterior a ella por ser “negativa”, a menos que algunos episodios específicos sirvan para resaltar los hechos de la Independencia. La construcción del mito la ha dotado de una carácter polisémico, lo cual sirve para muchas cosas, por ejemplo, el mito oculta la patria que existía antes de 1810 y también oculta que gran parte de los venezolanos estaban a favor de los realistas, de hecho habían en ese momento dos grandes ideologías en lucha: patria vs. Dios. En este sentido, el republicanismo fue una anti-teología y una meta-religión, es decir, intentó quitar poder y desplazar al catolicismo para convertirse en una especie de religión también. La muerte de Bolívar eleva sus escritos a textos canónicos de la nueva meta-religión.

Entre otras características generadas del mito de la independencia tenemos que los mitos políticos de la libertad e igualdad quedan confundidos en el mito de la independencia. Una de las condiciones indispensables de los mitos, la repetición, se genera en Venezuela a partir de la inconclusión de las metas políticas trazadas por Bolívar. La nostalgia, el cual es un elemento fundamental del mito, se expresa por medio de que el futuro jamás podrá superar el pasado. En otro orden de ideas, la autora menciona la lucha entre romanticismo y racionalismo mediante una interesante exposición que hace de Isaiah Berlin sobre la concepción que tiene Rousseau de la libertad y su relación con lo que significa ser independiente. La autora lo adapta al caso venezolano con lo que concluye que en Venezuela se da un malentendido entre libertad e independencia el cual no ha sido aún resuelto.

En el segundo capítulo la autora sustenta la tesis de que el paisaje venezolano, la naturaleza y la geografía nacionales son columnas vertebrales de la identidad psicosocial venezolana. Durante gran parte del siglo XX, sostiene la autora, la mayoría de los intelectuales más destacados de nuestro país (Arturo Uslar Pietri, Mario Briceño Iragorry, Rómulo Gallegos, Mariano Picón Salas, Enrique Bernardo Núñez, entre otros) veían y expresaban su temor por el futuro. El futuro era la modernización de la Venezuela agro-rural, era la transformación del paisaje natural a paisaje urbano. La fundamentación de este temor radicaba en que la aparición del petróleo en la historia de Venezuela, trajo una oleada de inmigrantes (especialmente los “ingenieros norteamericanos”) que traían sus máquinas destructoras de lo verde y su dinero corruptor de conciencias. Así, la Venezuela agraria empezaría a desaparecer llevándose consigo también un supuesto pilar fundamental de la identidad: el terruño de donde se había nacido. Entre estos autores existía una generalizada visión nostálgica del abandono de los sitios de origen en las provincias del interior hacia los grandes centros urbanos, cuestión que la mayoría de ellos padecieron. En este sentido se expresa el sentir de la población, es decir, en el conservadurismo de las antiguas costumbres y tradiciones frente a lo que se considera una amenaza y una intromisión en la identidad venezolana. Y, a lo largo del capítulo, se identifica la identidad con la patria. Por tanto, la modernización termina siendo una amenaza para la patria. Pero esta nostalgia lleva consigo una peligrosa contradicción. Se piensa en un pasado bello y bucólico el cual está lleno de guerras, miseria y caos político. A partir de la segunda mitad del siglo XX, se empiezan a asumir dentro la sociedad venezolana los cambios irreversibles que traen consigo la modernidad y el avance de la tecnología, pero sin olvidar aún ese paisaje bucólico rural de la naturaleza venezolana. Sin embargo, los nuevos tiempos introducen una nueva variable también: el venezolano empieza a ver positivamente la tecnología y la modernidad. Entonces mientras por un lado se desea la ansiada salida del progreso y el desarrollo de Venezuela que potencie los efectos de la independencia, por el otro lado, se tiene un ancla nostálgica del pasado agrario y guerrero-heróico. De esta forma, la herencia del rechazo a la ciudad como algo moralmente malo y como algo que se siente que no es propio de la identidad del venezolano, ha hecho que la modernidad en Venezuela sea un proyecto de eternas promesas incumplidas, de eternos experimentos y cambios rápidos que no han dejado que

las instituciones y los proyectos asienten el tiempo necesario para poder por fin dar el salto hacia la modernidad: "...la transitoriedad como propia de la modernidad venezolana..."

La democracia que se instaura en los últimos cuarenta años del siglo XX intenta revertir el mito negativo del petróleo y la modernidad. El discurso optimista de la democracia se fundamenta en la identificación del petróleo con la antigua naturaleza perdida. El petróleo aseguraría a los venezolanos lo que la naturaleza perdida nos había "garantizado": riqueza y estado de bienestar permanente sin mucho esfuerzo ni trabajo. Este mito de la riqueza y bienestar permanentes eran partes de la memoria colectiva. Sin embargo, el "viernes negro" durante Luis Herrera y el "paquete neoliberal" de Carlos A. Pérez atacaron frontalmente esos mitos y por tanto se pierde la fe en las creencias del imaginario de la democracia. Cuando se pierde el conglomerado de ideas del imaginario que confieren identidad y un destino a una sociedad, debe ser sustituido por otro, pero un imaginario no se construye de un día para otro. La oferta para la Venezuela después del Caracazo fue "la oferta antipolítica y militarista". La modernidad fractura los viejos mitos, pero la autora sugiere que esa misma modernidad, encarnada en la democracia de la última mitad del siglo XX, se fractura también porque se alimenta excesivamente de los viejos mitos.

Por otra parte, la autora advierte que el mito de la República heroica continúa presente en la actualidad pero bajo un proceso de degradación que se advierte en el culto a la revolución, el nihilismo, el personalismo, el impulso anárquico, el igualitarismo, el autoritarismo y el resentimiento. El mito de Bolívar se teje a través de la culpa del padre exiliado y rechazado por sus hijos y por el abandono del padre a sus hijos al irse a construir otras repúblicas y coloca la construcción de la república doméstica y la solución de la penuria económica en la que quedó sumida Venezuela después de la guerra y la inestabilidad política en manos de otros. Esta segunda faceta del mito es poco conocida, ha sido escondida por el culto y finalmente genera el resentimiento. La realidad venezolana de un hogar con la figura del padre ausente es frecuente, pero la emotividad de la relación entre la figura de Bolívar y sus "hijos" fue heredada por los que posteriormente toman las riendas del poder político. En este sentido, en el período democrático el Estado, no el personaje de turno en el poder, empieza de cierta forma a asumir el papel del padre ausente en las familias venezolanas. Así se ha edificado una relación clientelar entre el Estado y los venezolanos lo cual,

si bien ha permitido estabilidad política y movilidad social ha transferido el resentimiento de la población hacia el padre, es decir, hacia el Estado. Todo esto ha generado que en Venezuela se haya constituido un patrón de conducta típica de las sociedades de tipo matrisocial, es decir, donde las relaciones afectivas y privadas rigen sobre lo impersonal. Estas relaciones afectivas y personales que se dan simbólicamente entre el Estado y los venezolanos no permite la adecuada institución de patrones universales de convivencia: “el sentido de vida del pueblo venezolano no es el progreso sino el mantenimiento y disfrute de la trama materna (...) una comunidad solidaria pero con una solidaridad de tipo materno (...) no basada en acuerdos ni razones sino en afectividad”

La praxis política venezolana ha estado signada por el vicio de la “eterna promesa” por parte de los gobernantes y la “eterna espera” por parte de los gobernados. Esta ha sido así porque se inicia cualquier tipo de proyecto pero no se finiquita ni se llega a una solución parcial final. Casi siempre se cambia el rumbo, se improvisa un nuevo comienzo y por ende la continuidad y finalización del proyecto casi siempre queda truncada. En este orden de ideas, la propaganda del bando patriota en la guerra de independencia llevó a demonizar todo aquello relacionado con la historia de Venezuela anterior a 1810 y a santificar un futuro de “brillantes perspectivas”, que prometía rectificar todos los “errores de la época pasada”. Esto era lo que ofrecía la nueva república. Sin embargo, el futuro de desarrollo y avance prometido nunca ha llegado y esto ha generado que el sentimiento de frustración en la sociedad venezolana sea una variable permanente. Por ende, desde la praxis política se nos promete una “irresponsable” utopía de constante futuro “luminoso” que nunca termina de llegar, es decir, la propaganda política de casi todos los gobiernos en Venezuela impulsa el pensamiento de que la independencia es una tarea inconclusa que los ciudadanos venezolanos deben terminar, pero el constante cambio de rumbos, la improvisación de cómo se debe llegar a los fines, y a fin de cuentas, el constante culto a la revolución o el eterno rechazo a todo lo pasado, hace que la frustración sea una constante de la cultura republicana venezolana republicana.

La vida republicana de Venezuela está también impregnada del denominado personalismo, el cual puede deberse a varias causas, entre ellas: el desvanecimiento de la autoridad del Estado en amplios territorios de Venezuela al desaparecer la figura del rey; la aparición de muchas figuras desconocidas que

llenen el vacío de la autoridad monárquica, el carácter particular de la penetración territorial española en territorio americano; los textos de Bolívar y su culto, etc.

El autoritarismo se vinculó estrechamente con el personalismo en la historia republicana de Venezuela y para resistir el abuso del poder autoritario se desarrolló un igualitarismo en el sentido de que sólo me puede mandar a quien yo reconozca como un igual, lo que eliminaría las jerarquías, cuestión que al final no resulta cierta. De esta forma, el autoritarismo personalista posee dos soluciones contradictorias: la aceptación del poder y una permanente “rebeldía latente” ante el poder, lo cual con mucha frecuencia conlleva al resentimiento. El resentimiento existe desde la independencia por las diferenciaciones sociales, políticas y económicas que generó el sistema de castas en el período colonial. La propaganda de la guerra de independencia propaga la idea de la desaparición de estas diferencias y la igualdad de trato para todos. Esta promesa no se cumple y obviamente se genera más resentimiento entre la población que no era élite. El resentimiento es un sentimiento que es de fácil propagación y no necesariamente la víctima tiene que haberlo sufrido en carne propia. Basta ser convencido de ser la víctima de un desconocido. En la historia de la Venezuela republicana, el resentimiento ha sido manipulado por las élites gobernantes para que, sin importar el momento, siempre la víctima tenga un culpable a quien responsabilizar por su miserable vida. Así, nadie es responsable de lo que sucede y existe un enemigo difuso al que cargarle la responsabilidad del fracaso social. Esto es terrible ya que “... infantiliza y limita las posibilidades de lucha por las justas condiciones sociales.” En este orden de ideas, todo aquel que sobresalga por su empeño y logros personales queda rebajado desde la óptica del resentido o incluso lo acusa por haber sido “robado”.

Otra faceta de la vida republicana es la no aceptación de las leyes. Por un lado, porque se ejerce de forma autoritaria y personalista; por otro lado porque deben transgredirse en un acto heroico o revolucionario, anárquico o igualitarista ya que son leyes “injustas”. En conclusión, el impulso libertario legado por la independencia se transforma en rebeldía, individualismo y personalismo canalizado por la voluntad de no aceptar dominio alguno. Bajo esta idea se configura también la idea del malandro. Pero el malandro también tiene su raíz heroica degradada, ya que ellos se autoconsideran como unos guerreros. La

interpretación heroica de los malandros radica en que el héroe es un guerrero que impone nuevas leyes con sus armas. Los malandros son una mala imitación de ese hombre fuerte.

El tercer capítulo la autora lo dedica a desenmascarar las formas de praxis política y la falsa ideología que se intenta construir de la revolución bolivariana fundamentada en una visión novelesca de la historia de Venezuela. La autora narra someramente la historia de la gestación y la consolidación del movimiento insurreccional que dio origen al nuevo gobierno de Venezuela que se inició en 1999. A partir del 4 de febrero de 1992, se erige un nuevo “héroe militar” para los venezolanos: Hugo Chávez. Este intento fallido de golpe de Estado puso en evidencia que la noción del mesianismo militar en la sociedad venezolana no había desaparecido. En esa madrugada, cuando la rebelión fue sofocada, por primera vez en la historia de Venezuela, un golpista era mostrado por los medios de comunicación. Paradójicamente se le dejó decir lo que quisiera frente a las cámaras, lo cual significó que se mostraba al soldado rendido, pero se avalaba su mensaje. La presencia de los militares en los movimientos conspirativos radicales de izquierda de los últimos 30 años del siglo XX en Venezuela se debe principalmente a que no son percibidos como golpistas o usurpadores sino como héroes salvadores de la patria.

Se concluye, a partir de una serie de documentos recogidos por Alberto Garrido sobre la revolución bolivariana, que no es posible localizar el origen de la creación de la ideología que intenta hacer coincidir el socialismo con el bolivarianismo. No se sabe si fue Hugo Chávez, Douglas Bravo, el viejo a culto Bolívar o simples coincidencias las que originaron esta forma de pensamiento político a la venezolana. Lo que sí es patente es que Hugo Chávez ha aprovechado políticamente en su favor la simpatía que estas tesis habían generado entre la población.

Toda institución que es implementada por medio de la violencia debe eliminar los poderes que antes existían. En este sentido, entre los decretos de los golpistas del 92, llaman la atención dos cuestiones. Primero, los criterios de selección de los integrantes de la nueva élite de poder: “ciudadanos que no fueran responsables del caos, que no tuvieran mala reputación, con arraigados sentimientos patrióticos, y que la opinión pública no los rechazara”. Esto se parece mucho a la definición de los republicanos virtuosos de la antigüedad y de la modernidad. Segundo, se tenía la intención de crear un comité de “Salud

Pública”, el cual se encargaría de velar por la “pulcritud moral” de la nueva forma estatal. Tendría este comité plenos poderes para juzgar y sancionar a los culpables del delito de inmoralidad. Lo radical de estos decretos pasó desapercibido porque parece ser que el nuevo héroe (Chávez) estaba muy por encima de esa radicalidad. En este sentido, a diferencia de los años 60 donde la mayoría de la población rechazaba los movimientos violentos de la izquierda radical, el movimiento chavista contó con una mayoritaria simpatía entre la población. De esta forma, en 1998, para la mayoría electoral no importaba tanto si el futuro presidente era un golpista, sino las condiciones que poseía como héroe y las esperanzas que levantó.

Según la autora, no es posible saber si Chávez ingresa al ejército a principios de los 80 con un proyecto socialista en mente. Pero sí se puede afirmar que la base ideológica de su movimiento era el conocido árbol de las tres raíces: Zamora, Bolívar y Rodríguez. Ellos representan las tres facetas del héroe: el guerrero que amenaza con su poder militar, el líder que conduce las estrategias políticas y el maestro que enseña al pueblo. Cuando a Hugo Chávez se le increpaba para definir ideológicamente su pensamiento, eludía hábilmente pronunciarse. A partir de 2006, al ganar la reelección para el nuevo período presidencial, como dice la autora, “salió del closet” ideológico por supuesto, y se definió como socialista. Es muy probable que haya evitado anteriormente definirse de esa manera porque el socialismo era una ideología muy impopular en Venezuela. Una vez que el triunfo estuvo asegurado por los votos, se procedió a aclarar un poco las cosas.

Veamos ahora los mitos y la utopía que intenta o construir, o mejor dicho recrear, la revolución bolivariana. El mito de la independencia es anterior a la mal denominada revolución bolivariana, sin embargo, por causas que la autora no tratará en este ensayo, Hugo Chávez ha logrado encarnar ese mesianismo militar y heroico presente en la cultura venezolana. Un caudillo totalitario no es sólo el ejecutor de la “voluntad general”, sino también es el mago de las sociedades primitivas que se arrogaba las funciones de profeta. Por ende, el individuo de las sociedades tiende a fundirse en la comunidad, es decir, en el caudillo mismo. El romanticismo de Rousseau está muy presente en la idea de la revolución bolivariana, su anulación de las libertades individuales por la sublimación del todo a la voluntad general, y por ende, al que controle o encarne la voluntad general, son elementos patentes en la actualidad. También está presente la idea de

Rousseau de que en América todo era inocencia y virtud frente a la corrupción que llegaba de Europa. El pensamiento de Rousseau fue de gran influencia para Simón Rodríguez, y este sentimentalismo naturalista rousseauniano es tomado por el gobierno actual en el sentido de que una revolución será exitosa en estas tierras si es autóctona.

La utopía que intenta establecer la revolución bolivariana está basada en afirmar que se rompe con el pasado y a partir del presente (1999) se establece un punto de quiebre entre el pasado maligno y el “brillante porvenir”. Ese porvenir estará supuestamente signado por la paz, la felicidad, la armonía, la felicidad general. Además, se liga este horizonte infinito con una propuesta religiosa (numerosas alusiones de Chávez donde intenta establecer paralelismos entre el socialismo y Cristo) para así relacionar un reino socialista de felicidad total en la tierra, específicamente en Venezuela. Lo político se intenta mezclar con lo religioso. Dentro de esta exaltación de la utopía americana está la exaltación de los tiempos de inocencia y virtud del indio americano, lo cual mezcla elementos de romanticismo donde se evoca un pasado feliz, rural, americano, aborigen, igualitario y colectivista en contraposición a lo infeliz, extranjero, urbano, comercial, desigualitario e individualista que se origina supuestamente con la llegada de los españoles. La exaltación a Guaicaipuro por parte del gobierno chavista sería un elemento de esta utopía aborígen americana.

El mito del renacimiento de una patria se construye a través del habla, del discurso del héroe. Es por esto que los discursos, las cadenas televisivas y los medios de comunicación son las herramientas principales de Hugo Chávez para mantener el contacto con el pueblo. El discurso del héroe tiene una estética: crear la realidad o la ficción a través de la palabra. Desde una perspectiva pragmática esto sería un sin sentido ya que el pueblo al darse cuenta de que tanta palabrería no satisface sus necesidades ni soluciona sus problemas se alejaría del héroe, en este caso Hugo Chávez. Sin embargo, los estudios de opinión confirman que a la gente le gusta toda esta alharaca oratoria. Los mitos principales que intenta introducir el héroe del siglo XXI son: la introducción de la democracia “participativa y protagónica” en vez de la vieja democracia representativa; los “terribles” cuarenta años de democracia adeca y copeyana y que Venezuela es un país rico pero saqueado por la oligarquía. Por medio de este discurso heroico y de renacimiento, se intenta diluir la voluntad del líder en la voluntad general,

que ambas sean lo mismo y por ende, la voluntad del líder se identificará con la voluntad general. Este aspecto es sumamente importante ya que el héroe del siglo XXI permanentemente insiste en la fusión de su vida con la vida del colectivo venezolano, ya que la voluntad general es el elemento que mantiene unido “el cuerpo amado de la patria”.

La diferencia entre buenos y malvados, sin medias tintas ni rasgos grises, es parte fundamental del discurso del renacimiento de la patria. Otro rasgo fundamental del mito renacentista es el optimismo revolucionario, es decir, los actos heroicos, los actos heroicos que están por encima y más allá de la vida, son finalmente los canales por medio de los cuales la Historia fluye. Este discurso del renacimiento apunta, cuestión que ha sido ampliamente usada por los distintos gobiernos republicanos de Venezuela, a que la patria debe ser rescatada de la “catástrofe” anterior que la han dejado muerta y que ahora debe renacer y ser edificada por el nuevo gobierno. Esto es usado tanto en sentido político como religioso. Si la patria no estuviese aniquilada no sería necesario su renacimiento, por ende, no sería necesario la presencia de los revolucionarios, de los nuevos constructores o restauradores de la patria. De esta forma, el supuesto adagio de que los cuarenta años de democracia “puntofijista” fueron de destrucción nacional, ha logrado calar como un dogma en muchas personas.

Chávez ha logrado montar un código comunicacional que atrae a las masas en la intención de la construcción del mito ya mencionado. La ruptura con el protocolo y la muy frecuente informalidad (tuteos) borran la necesaria identificación que tiene la primera magistratura con la autoridad. De esta forma, logra esa sensación de proximidad con el pueblo. Esta informalidad y banalización de los modos que deberían seguirse institucionalmente hablando, le permiten a Hugo Chávez, de cierta forma, esquivar y burlar las leyes por lo cual la Venezuela profunda, la Venezuela anárquica, se identifica con este discurso. A fin de cuentas, la idea es generar la idea en el pueblo de que él es quien gobierna y no un presidente. Sorpresivamente, este discurso del héroe tiene muchas alusiones a lo religioso. En este sentido, el héroe ha entendido la importancia de la religiosidad dentro del pueblo. Además, no importa comparar a Cristo con Bolívar o etiquetarlo también como socialista, o atacar duramente a la alta jerarquía de la Iglesia Católica, ya que esto no sería discordante con la religiosidad popular.